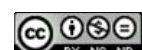


Roxana Páez. *Poéticas del espacio argentino: Juan L. Ortiz y Francisco Madariaga*. Buenos Aires, Mansalva, 2013, 360 páginas.

Roxana Páez reúne en este libro las poéticas de dos escritores argentinos, Juan L. Ortiz y Francisco Madariaga, según aspectos que permiten definir sus producciones como singulares. En efecto, la autora se centra en el análisis del espacio desde una perspectiva que no implica una vuelta al mito de origen, de lo natal, de lo regional sino, por el contrario, un diálogo entre el lenguaje y la naturaleza donde lo espacial es escrito por el lenguaje y el resultado de una escritura determinada. La relectura de Maurice Merleau-Ponty, Gastón Bachelard y Henri Bergson, entre otros, atraviesa las tres importantes partes que dividen este libro que asocia inteligentemente dos poetas que, como expresa Páez, supieron ganar, por medio de sus poéticas experimentales, un sitio en la literatura argentina totalmente diferente al de sus contemporáneos, incluso cuando el interés académico fue tardío. En general, las primeras lecturas que los reivindicaron surgieron de escritores periodistas, periodistas poetas y revistas de poesía.

“Espacio intelectual: Correspondencias” ahonda la trayectoria poética de ambos escritores de acuerdo a ciertos ejes que los alejan del color local y de las características estereotipadas y esencialistas que la literatura regional puede llegar a evocar. El primer eje se refiere al vínculo entre marginalidad y originalidad, es decir, a la posibilidad de producir una escritura con ciertas particularidades y rasgos singulares cuando la relación con los cenáculos porteños era distante. El hecho de que Juan L. Ortiz y Francisco Madariaga vivieran alejados del “centro” no determinó una falta, una inexactitud frente a lo que se leía y se escribía en la Argentina y en el resto del mundo. El segundo eje alude a los diálogos entablados por Ortiz y Madariaga con la literatura nacional y la vanguardia francesa del siglo diecinueve. En el caso de Ortiz, la figura de Stéphane Mallarmé supone una afinidad indiscutible que Páez la explicita con claridad al referir que en ellos existe una obsesión por crear un sistema poético propio así como una obstinada negación a incluir la naturaleza tal como es. Por otro lado, Madariaga recupera la actitud rebelde de Arthur Rimbaud al rechazar el discurso academicista y anquilosado de los “poetas oficiales”. En los poetas argentinos se reúne el afán de la renovación de la lengua poética a través de múltiples procedimientos que, siguiendo la poesía moderna y vanguardista, asientan la disolución del referente y la desintegración de la univocidad de la significación. Roxana Páez se explaya en la relectura que tanto Juan L. Ortiz y Francisco Madariaga efectuaron de la cultura europea y de la cultura latinoamericana. En este sentido, sobresale el interesante análisis que liga al poeta entrerriano con el impresionismo y con Juan Ramón Jiménez y al correntino con el surrealismo y la tradición gauchesca, especialmente desde la lectura del *Santos Vega* de Hilario Ascasubi que admite circunscribir lo “criollo” a una perspectiva cosmopolita (“criollo del universo”).

“Subjetividad y paisaje: El yo poético y la poesía autobiográfica” plantea como punto de partida las teorizaciones acerca del sujeto poético respecto de si existe o no una equivalencia lógica entre el yo autorial de la enunciación y el yo del enunciado. Así, el inicio está dedicado a realizar un recorrido crítico sobre las diferentes posiciones que adquirió este debate y sobresalen las perspectivas de Mijaíl Bajtín, Käte Hamburger y Henri Meschonnic. Páez, a la luz de las poéticas que estudia, confirma la ilusión de esta identificación mediante análisis literarios minuciosos donde existe una objetivación del yo e inscripción de la



alteridad (Juan L. Ortiz) y la voz, y no el cuerpo, protagoniza el poema (Francisco Madariaga). ¿Quién habla en el poema? es una de las preguntas que estructura esta sección. La complejidad de su respuesta se debe, en el caso de Juan L. Ortiz, a la dificultad que va adquiriendo su poesía y que Páez así lo testimonia en los sucesivos análisis que presentan un sujeto poético que oscila entre “estar en sí” y “fuera de sí”, entre el ser y el dejar de ser para ser en el otro. En el caso de Madariaga, la multiplicidad de voces habilita a pensar la voz lírica como polifónica que, en esta escritura, conlleva una “desreferencialización”. De esta manera, como manifiesta con exactitud la autora, los sujetos poéticos de los escritores argentinos se disuelven en las cosas, en las voces de los otros o se dividen. En efecto, sus proyectos literarios distan de asociarse a una personalización de la voz y las palabras — herencia de Rimbaud y de Lautréamont— comienzan a comprenderse de otra manera. Otro interrogante que organiza esta parte del texto es ¿cuál es la relación entre la voz del poema y la autobiografía? En ambos poetas la autobiografía está en toda su poesía, sin embargo, lo autobiográfico, lejos está de tener un valor “existencial”, no es un documento de vida. Las referencias autobiográficas explican, muestran el “origen” de ambas poéticas. Páez selecciona tres poemas narrativos de Juan L. Ortiz (“La casa de los pájaros”, “Villaguay” y “Guaaleguay”) y, mediante razonamientos lúcidos y profundos, reconstruye ciertos momentos de la vida del poeta entrerriano donde la identidad de la voz que enuncia es socavada en un gesto que asevera las simpatías de Juan L. Ortiz por el budismo zen y el taoísmo como también por Mallarmé, quien formuló la desaparición elocutoria del poeta. En el caso de Madariaga, lo autobiográfico se expresa, por un lado, en los poemas-homenajes dedicados a sus amigos, en el libro *Solo contra Dios no hay veneno* donde el correntino cuenta su vida y sus obras a partir de los amigos que cultivó y, por otro lado, en los poemas “El tren casi fluvial” y “Trinos blancos o negros” donde Páez observa los procedimientos estéticos empleados y las filiaciones literarias. “El espacio escrito. Paisajes, ‘países’” es la tercera y última parte del libro. En los dos escritores, el paisaje se presenta en una doble articulación: como espacio vivido y como objeto de contemplación. De ahí, dice la autora, que en sus producciones se conjugue la percepción, el recuerdo, la experiencia y la invención. La voz que habla en los poemas no está afuera, al contrario, está presente, circula por el espacio que enuncia. Su mirada deshace la visión que objetiviza, propia del regionalismo, y se lanza a romper con la identidad unívoca del yo poético y, en consecuencia, a jugar con su desintegración. Entre quienes habitan el paisaje, se encuentran las mujeres quienes lo feminiza mediante la presencia de seres fantásticos, como hadas, ángeles y brujas. Estas presencias acompañan la erotización del espacio que, desde el punto de vista del lenguaje, se plasma en la perturbación de las formas lingüísticas, en la alteración de la gramaticalidad. En el caso de Juan L. Ortiz, la “mirada” femenina sobre el paisaje es atravesada por sus aspiraciones políticas de un mundo mejor, libre de injusticias.

Otro de los aspectos abordados es el espacio de la vida urbana, donde la ciudad representa lo institucional como sitio de consagración y poder. Entre la crítica y el rechazo, el discurso poético carga contra lo que significa la ciudad: consumo, capitalismo y falta de comunicación (“feria de vanidades”, en palabras de Ortiz). La afinidad de Ortiz con el orientalismo y el trazo político de sus figuraciones espaciales, producto de su simpatía con el comunismo, también son subrayados en la investigación exhaustiva de Páez.

La poesía, considerada como antidiscurso, ocupa una de las secciones finales del libro. Esta caracterización reúne la sintaxis expansiva y la inconclusividad de la escritura de Ortiz y el “juego de dos caras” de Madariaga, generado por la inserción, en un mismo libro, de dos versiones de un misma creación poética. El uso particular de los signos de puntuación y la presencia de neologismos organizan, también, este capítulo del libro. Al mismo tiempo, se

presenta el trabajo que los poetas realizan para reponer lo que la colonización omitió y borró, es decir, el “espacio escrito en guaraní”. Para finalizar, la operación sobre el lenguaje a través de las asonancias agudas, la “cromatización del texto”, en términos de Severo Sarduy, así como el agua y la luz, elementos que se corresponden con la herencia de Heráclito, se enlazan con los animales que habitan y vivifican el espacio literario de Ortiz y Madariaga.

En *Poéticas del espacio argentino: Juan L. Ortiz y Francisco Madariaga* de Roxana Páez, el lector aficionado a la poesía encontrará un análisis meticuloso; su rigor crítico permite entender el proyecto literario de dos destacados poetas de la Argentina, cuyo reconocimiento todavía se encuentra en ciernes. A su vez, las líneas de este libro ratifican la solidez de Páez para desplegar una lectura atenta y precisa que cumple con las exigencias que impone el examen poético.

Rosario Pascual Battista